

CAPÍTULO IV.

Mr. Bounderby.

Mr. Bounderby estaba tan cerca de ser amigo íntimo de Mr. Gradgrind, cuanto es posible á un hombre desprovisto completamente de sentimientos acercarse por medio de un parentesco espiritual á otro hombre no más favorecido. Sí, Mr. Bounderby estaba tan cerca de ser amigo íntimo, ó si al lector le parece mejor, tan lejos de poderlo ser.

Era un hombre muy rico: banquero, negociante, manufacturero; qué sé yo qué más. Un hombre grueso y ardiente, con una mirada capaz de fascinar al más descarado, y una risa metálica. Un hombre fabricado de tela grosera, que parecía haberse estirado á medida para prestarse á su desarrollo. Un hombre de cabeza y frente hinchadas, con venas que se le transparentaban, y la piel del rostro tan tirante, que parecía tenerlo de grado ó por fuerza; los ojos abiertos y levantadas las pupilas. Un hombre que siempre tenía el aire inflado como un globo

en el momento de la ascensión. Un hombre que nunca podía estar convenientemente satisfecho de ser hijo de sus obras. Un hombre que nunca dejaba de proclamar con una voz que parecía el eco de una trompeta de metal, su antigua ignorancia y su antigua miseria. Un verdadero fanfarrón de la humildad.

Á pesar de ser un año ó dos más joven que su amigo, el del espíritu eminentemente práctico, Mr. Bounderby parecía de más edad; á sus cuarenta y siete ó cuarenta y ocho años se le hubieran podido añadir siete ú ocho años más, sin que á nadie le llamase la atención. No tenía muy espesos los cabellos. Por mi parte creería sin dificultad que habían volado al viento de sus palabras, y que los que aún le quedaban, erizados y en desorden, se veían reducidos á tan triste estado, por hallarse constantemente expuestos al soplo de sus tumultuosas baladronadas.

En el salón simétrico y bien arreglado de Pierre-Loge, de pié sobre la plancha de la chimenea, con la espalda vuelta al fuego, Mr. Bounderby hacía en provecho de Mr. Gradgrind ciertas observaciones á propósito del aniversario de su propio natalicio. Se había instalado delante de la chimenea, tanto porque aquella tarde de primavera era muy fría, aunque el sol lucía con todo su resplandor, cuanto que Pierre-Loge era muy temible por la humedad, puesto

que el calor del estío no había podido secar aún sus paredes, y sobre todo porque allí ocupaba una posición ventajosa, desde la cual podía dominar á su antojo á la señora de Gradgrind.

—Yo no tenía zapatos. En cuanto á las medias, ignoraba hasta su nombre. Pasaba el día en un foso, y la noche en un establo de cerdos. En ese estado cumplí los diez abriles y celebré el décimo aniversario de mi nacimiento. Y no porque el foso fuera para mí una habitación nueva, puesto que nací en un foso.

La señora Gradgrind, verdadero paquete de chales, pequeña, delgada, blanca, con los ojos color de lila, de una debilidad incomparable en lo moral y en lo físico, que pasaba el tiempo en tomar medicinas que no le servían de nada, y que apenas manifestaba el menor deseo de volver á la vida, se encontraba infaliblemente con la sorpresa de algún hecho muy pesado que su marido le tiraba á la cabeza; la señora Gradgrind, decimos, manifestaba la esperanza de que al menos estaría seco el foso de Mr. Bounderby.

—¡No tal! Húmedo como una sopa. No tendría menos de un pie de agua,—dijo Mr. Bounderby.

—Pero eso podía causar un reumatismo á un niño de dos meses.

—¡Reumatismo! ¡Si yo nací con una inflamación en el pulmón, y si no me engaño, tam-

bién en todas las demás partes inflamables de mi cuerpo! Durante dos años, señora, fui una de las criaturas más miserables del mundo. Estaba tan enfermo, que no hacía otra cosa que gemir y llorar. Estaba tan desnudo y tan sucio, que no me hubiera V. tocado ni con unas pinzas.

La señora Gradgrind miró las pinzas con cierta languidez, única cosa que podía hacer en conciencia, atendido su estado de debilidad.

—No sé cómo pude resistir á tanta desgracia, continuó Mr. Bounderby. Precisamente yo estaba predestinado. He tenido un carácter determinado toda mi vida, y supongo que ya lo tenía en aquella época. De todos modos, ya ve V. á lo que he llegado, señora Gradgrind, y sin tener que agradecer á nadie más que á mí mismo.

La señora Gradgrind demostró humilde y débilmente esperanzas de que la madre de Mr. Bounderby....

—¡Mi madre! Ella fué quien me puso allí, señora.

La señora Gradgrind, siguiendo su costumbre, quedó atolondrada del golpe, volvió á su apatía, y no dijo una palabra.

—Mi madre me abandonó á mi abuela (continuó Mr. Bounderby), y según recuerdo, mi abuela era la mujer más infame y más execrable del mundo. Si por rara casualidad conseguía proveerme de un par de zapatos, nunca muy

buenos, me los quitaba de los piés y los vendía para emborracharse. ¡Cuántas veces he visto á mi buena abuela dormir la mañana y beber sus catorce vasitos de aguardiente antes de almorzar!

La señora Gradgrind sonrió débilmente, y sin dar ninguna otra señal de vida, se parecía más que nunca á una sombra chinesca, pasando por una linterna mágica mal alumbrada.

—Tenía una tiendecilla de comestibles (continuó Mr. Bounderby), y me crié en un cajón que había servido para guardar huevos. Tal fué la cuna de mi infancia; un cajón de huevos. En cuanto pude salir de allí, naturalmente me apresuré á hacerlo. Entonces me hice un vagabundillo, y en lugar de tener una abuela para reñirme y pegarme, tuve una infinidad de gente que me riñera y me pegara. Y aquella gente tenía razón; hubiera hecho mal obrando de otro modo. Yo era una incomodidad, un embarazo, una verdadera epidemia. Lo sé muy bien.

El orgullo que Bounderby fundaba en haber merecido en cualquiera época de su existencia una gran distinción social por habersele señalado como una incomodidad, un embarazo y una epidemia, no se dió por satisfecho hasta repetir tres veces los títulos más principales de su gloriosa juventud.

—Es de creer que estuviese destinado á mejor suerte; pero, en fin, destinado ó no, salí de

aquel estado sin protección de nadie, y he pasado por toda la escala social para llegar á la posición que ahora ocupo en Cokeville; Josué Bounderby ha aprendido á leer en las muestras de las tiendas; ha aprendido á conocer la hora que marca la esfera á fuerza de estudiar el reloj de un campanario de San Gil, iglesia de Londres, siendo dependiente de un estropeado borracho, ladrón de oficio y mendigo incorregible. Venid á hablar á Josué Bounderby de vuestras escuelas de distrito, de vuestras escuelas modelo y de vuestras escuelas normales y de todo vuestro *maremagnum* de escuelas, y Josué Bounderby de Cokeville os responderá francamente que todo eso es muy bueno y muy bonito, pero que él no ha gozado jamás de ninguna de esas ventajas, y que lo que conviene es formar hombres que tengan dura la cabeza y robustos los puños; mi educación no será buena para todos, pero tal ha sido mi educación. Me podrán obligar á que beba aceite hirviendo, pero no á que omita los principales hechos de mi biografía.

Después de esta calurosa peroración, Josué Bounderby de Cokeville guardó silencio. En aquel momento entraba en el salón su amigo, eminentemente práctico, acompañado de los dos jóvenes criminales. Al ver al orador, el amigo eminentemente práctico se detuvo, y lanzó á

Luísa una mirada de reconvencción, que quería decir claramente: «Ahí tienes á tu amigo mister Bounderby.»

—¡Hola! (exclamó éste.) ¡Vds. por aquí! ¿Qué pasa? ¿Por qué tiene Tomás ese aire de disgusto?

Mr. Bounderby hablaba á Tomás, pero miraba á Luísa.

—Estábamos mirando lo que pasaba en el circo (contestó Luísa con altivez, aunque sin alzar los ojos), cuando nos sorprendió papá....

—Sí, señora Gradgrind (dijo el marido de aquella mujer con extremada dignidad); no me hubiera sorprendido menos ver á mis hijos leyendo un tomo de poesías.

—¡Bondad divina! (murmuró la afligida madre, poco menos que llorando); Luísa, Tomás.... ¿Cómo habeis podido?... ¡Si no vuelvo de mi sorpresa!.... ¡Y luego no quieren que una sienta haber tenido hijos! Poco me falta para decir que sería muy dichosa con no haberlos tenido. Y entonces, ¿qué hubiera sido de V.?

Esta juiciosa reflexión no produjo, al parecer, muy buen efecto en Mr. Gradgrind, que frunció el entrecejo con impaciencia.

—¡Como si en el estado en que tengo mi pobre cabeza, no pudiérais ir á mirar las conchas, los minerales y todo lo demás que se os ha comprado, en vez de ir á ver lo que pasa en los circos!

(continuó la señora Gradgrind). Sabéis tan bien como yo, que á la juventud no se le da profesores de circo, y que no se la lleva á escuelas de circología. Quisiera yo saber qué interés tienen para Vds. los circos. Si lo que necesitáis es ocupación, dentro de casa la tenéis de sobra. En el estado en que tengo mi pobre cabeza, ni siquiera me acuerdo de la mitad de los hechos que tenéis que estudiar.

—Pues, por eso mismo,—dijo Luísa, con cierto aire burlón.

—Esa razón no sirve; no me digáis que es por eso (replicó la señora Gradgrind). Marchaos en seguida á estudiar un poco de *hechología*.

Como la señora Gradgrind no era fuerte en las ciencias, despedía á sus hijos con esa frase de su invención, para dejarlos en libertad de elegir el trabajo que tuvieran por conveniente.

Á decir verdad, la provisión de hechos reunida por la señora Gradgrind, se había disminuído deplorablemente; pero Mr. Gradgrind, al elevarla á la alta posición matrimonial que ocupaba, había cedido á la influencia de dos motivos: primero, su mujer no dejaba nada que desear respecto á dote; segundo, no podía culpársele de ninguna *simpleza*. Gradgrind entendía por simpleza la imaginación; y en honor á la verdad, estaba tan pura respecto á pecados de este género, cuanto puede estarlo una criatura

humana que no ha llegado todavía á toda la perfección del idiotismo.

Cuando la señora Gradgrind se vió sola en presencia de su marido y de Mr. Bounderby, aquella sencilla circunstancia bastó para aturdir de nuevo á la admirable mujer, sin necesidad de que estuviese relacionada con ningún otro hecho. Volvió, pues, á caer en una especie de letargo, sin que nadie reparase en ella.

—Bounderby (dijo Mr. Gradgrind, acercando una silla al fuego), V. se ha interesado siempre por mis hijos, sobre todo por Luísa, que me ha dado un gran sentimiento, y me obliga á que pida á V. mil perdones por su falta. V. no ignora que sistemáticamente me he consagrado á educar la razón de mis hijos. V. sabe que la razón es la única facultad á que la educación debe dirigirse. Y, sin embargo, Bounderby, el suceso imprevisto de hace poco, por muy significativo que parezca, daría ocasión á pensar que en el espíritu de Tomás y de Luísa se ha deslizado algo que es... ó mejor dicho, que no es... No puedo explicarme mejor, sino diciendo que es algo que nunca se ha podido tener la intención de desarrollar en ellos, y en lo cual su razón no ha tomado parte alguna.

—El hecho es que no hay razón para contemplar un grupo de vagabundos (replicó Bounderby). Cuando yo era un vagabundo, nadie era

tan tonto que fuese á mirarme con interés.

—Ahora, lo que debe hacerse (dijo el padre eminentemente práctico, fijando los ojos en el fuego), es averiguar lo que ha podido producir esa curiosidad de tan mal gusto.

—Voy á decir á V. lo que la ha provocado: una imaginación ociosa.

—Espero que esto no será nada (dijo el eminente práctico); pero confieso que ese temor me asaltó antes de entrar.

—Gradgrind, una imaginación ociosa; no hay que buscar el mal en otra parte. La imaginación es una cosa muy mala para todos los que padecen esa enfermedad, y rematadamente mala para una niña como Luísa. Pediría perdón á la señora Gradgrind por las expresiones un tanto fuertes de que algunas veces me sirvo, si no fuese cosa sabida que yo no soy, ni con mucho, un hombre bien educado. Quien espere de mí maneras finas, hace la cuenta sin la huéspedada. Yo no he recibido una educación esmerada.

—¿No podría suceder (dijo pensativo mister Gradgrind, metiéndose las manos en los bolsillos, y fijando su cavernosa mirada en el fuego), que algún profesor ó algún criado fuesen responsables de la culpa? ¿Habrán leído, Tomás ó Luísa, alguna cosa, á pesar de nuestras precauciones? ¿Habrán penetrado en la casa algún libro fútil de cuentos? Porque esto es un fenómeno

tan curioso, tan inexplicable, en espíritus educados con un método práctico desde la cuna hasta el día de hoy....

—Espere V. un instante (dijo Bounderby, que permanecía de pié delante de la chimenea, y tan hinchado con su humildad vanidosa, que parecía que iba á estallar, con grave perjuicio de los muebles circunvecinos). ¿No tiene V. en la escuela á una muchacha que es hija de un saltimbanquis?

—Una que se llama Cecilia Jupe, —replicó Mr. Gradgrind, mirando á su amigo con la timidez propia de un hombre que tiene algo por qué reconvenirse.

—Bueno; espere V. un instante (volvió á exclamar Bounderby). ¿Cómo fué el entrar esa muchacha en la escuela?

—El hecho es que, por mi parte, hoy he visto á esa niña por primera vez. No siendo de la ciudad, habrá venido á esta casa para que se le permitiese entrar en la escuela.... y.... tiene V. razón, Mr. Bounderby; tiene V. razón.

—Bueno; espere V. un instante (volvió á repetir Bounderby). ¿Vió Luisa á esa muchacha cuando estuvo aquí?

—Por supuesto que la vió; ella fué quien me recomendó su solicitud; pero no dudo que la vió en presencia de mi mujer.

—Suplico á V., señora, que nos diga lo que pasó en esa entrevista.

—¡Ay! ¡Qué mala estoy! (contestó la señora Gradgrind.) La niña quería ir á la escuela, y Mr. Gradgrind quiere que vayan á la escuela las niñas, y Luisa y Tomás me aseguraron que la niña quería ir y que Mr. Gradgrind quería que fuesen las niñas: no les pude contradecir, porque el hecho era exacto.

—Pues bien: ¿quiere V. creerme, Gradgrind? (dijo Bounderby). Mande V. á paseo á esa niña, y es negocio concluído.

—Casi casi me ha convencido V.

—Hágalo V. en seguida. Tal ha sido mi divisa desde mi más tierna infancia. Cuando me ocurrió la idea de dejar á mi abuela y al cajón de los huevos, los dejé en seguida. Haga V. lo que yo. Las cosas en caliente.

—¿Quiere V. dar una vuelta? (preguntó su amigo). Sé dónde vive el padre. Quizá no le desagradará á V. dar un paseo conmigo hasta la ciudad.

—Nada de eso; todo lo que V. quiera, con tal de que sea en seguida.

Y diciendo esto, Mr. Bounderby se tiró el sombrero sobre la cabeza. Esta era su manera de cubrirse, lo cual indicaba al hombre que, ocupado siempre en abrirse camino, nunca había tenido espacio para aprender á ponerse el sombrero. Metiéndose las manos en los bolsillos, salió á la antesala.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

625 MONTERREY, MEXICO

29106

—Yo nunca llevo guantes (acostumbraba á decir). Yo no he asaltado la escala social con los guantes; me hubieran estorbado mucho para subir todo lo alto que quería.

Como podía perderse uno ó dos minutos en esperar á que Gradgrind fuese al otro piso á buscar las señas del padre de Cecilia, Mr. Bounderby abrió la puerta del cuarto de estudio de los niños, y pasó la vista por aquella habitación alfombrada, la cual tenía el aspecto de un salón de peluquería, á pesar de las bibliotecas y colecciones científicas, y una infinidad de instrumentos de filosofía y ciencias.

Luísa, con la cabeza reclinada perezosamente en la ventana, miraba hacia afuera, sin ver realmente nada, mientras que el joven Tomás contemplaba el fuego con resuellos vengadores. Adán Smith y Malthús, los dos Gradgrind más pequeños, estaban ausentes; asistían con su correspondiente escolta á un curso cualquiera. Juanita, después de haberse hecho en el rostro una hermosa máscara de húmeda tierra inglesa con sus lágrimas y el lápiz con que se había pintarrajeado la cara, había acabado por dormirse sobre diferentes fracciones decimales.

—Muy bien, Luísa; muy bien, Tomás (dijo Mr. Bounderby). No lo volveréis más á hacer. Yo os respondo de que vuestro padre no os vol-

verá á reñir. Este servicio bien vale un beso. ¿No es verdad, Luísa?

—Puede V. darme los que quiera, —dijo Luísa, después de haber atravesado la estancia con un silencio lleno de frialdad, presentando de mala gana la mejilla y volviendo el rostro cuanto le era posible.

—Tu serás siempre mi niña mimada, ¿no es verdad, Luísa?—preguntó Mr. Bounderby.

Y partió en seguida; pero Luísa continuó en el mismo sitio, enjugándose con un pañuelo la mejilla que aquel hombre acababa de besar: frotó y refrotó tan bien, que su cutis parecía de fuego. Cinco minutos después continuaba frotando.

—¿En qué piensas, Luísa? (murmuró su hermano.) Vas á concluir por hacerte un agujero en el rostro, á fuerza de frotarte.

—Si quieres, puedes arrancarme el pedazo con el cortaplumas; es bien seguro que no me quejaré.

CAPÍTULO V.

El Tónico.

Cokeville, población adonde se dirigían Gradgrind y Bounderby, era uno de los triunfos del *Hecho*. Esta ciudad había escapado al contagio de la imaginación, con tanta felicidad como la misma señora Gradgrind. Puesto que Cokeville es el tónico, demos el acorde antes de continuar nuestra melodía.

Era una ciudad edificada con ladrillos rojos, ó más bien con ladrillos que hubieran sido rojos si el humo y el hollín lo hubieran permitido; pero tal como estaba, era de un color rojizo y negro, poco natural, que recordaba el rostro embadurnado de un salvaje. Era una ciudad de máquinas y de altas chimeneas, de donde salían sin tregua ni reposo interminables serpientes de humo que se arrastraban en el espacio sin conseguir nunca desarrollarse. Tenía un canal muy negro, y un río que corría encenagando sus aguas con una tintura fétida, y vastos edificios, horadados por infinidad de ventanas que re-

sonaban y temblaban todo el día á impulsos del pistón de las máquinas de vapor que subía y bajaba monótonamente, como la cabeza de un elefante melancólico. Contenía varias calles largas, espaciosas y muy parecidas entre sí, y un sinnúmero de calles pequeñas que se parecían aún más; habitadas por gentes que se parecían también, que salían y entraban á las mismas horas, que hacían resonar un mismo pavimento con unos mismos pasos para desempeñar el mismo trabajo; para quienes todos los días eran imágenes de la víspera y del siguiente; cada año igual al que le había precedido ó al que le seguiría.

En suma: estos atributos eran inseparables de la industria que hacía vivir á Cokeville; pero en cambio, según decían, proporcionaba al bienestar de la existencia beneficios que se extendían sobre el mundo entero, y recursos para suplir la falta de esas elegancias de la vida que constituyen más de la mitad de esas mujeres seductoras, en cuya presencia apenas se osaría pronunciar el nombre de la ciudad ahumada. Los otros rasgos característicos de Cokeville tenían un sello más distintivo de localidad. Helos aquí:

Nada se observaba que no recordase la imagen severa del trabajo. Si los individuos de alguna secta religiosa edificaban una iglesia (como lo habían hecho los miembros de las diez y ocho

sectas existentes), hacíase una especie de depósito de piedad con ladrillos rojos, coronados algunas veces (pero siempre con sujeción á modelos de un estilo excesivamente adornado) por una campana, que parecía colgar de una jaula de papagayo. La única excepción de esta regla era la *Iglesia Nueva*, edificio cuyas paredes estaban enlucidas con estuco, y tenía un campanario cuadrado encima de la puerta, el cual terminaba en cuatro torrecillas poco elevadas, que parecían otras tantas piernas de palo muy compuestas. Todas las inscripciones monumentales estaban pintadas de un mismo modo en graves letreros negros y blancos. La cárcel hubiera podido servir de hospital, y el hospital de cárcel; y las casas consistoriales hubieran podido ser cualquiera de estos dos edificios, ó los dos á un mismo tiempo, ó cualquiera otro, pues ningún detalle de su graciosa arquitectura indicaba lo contrario. En todo el aspecto material de la población se veía el hecho, y nada más que el hecho; en el aspecto moral se veía por todas partes lo mismo. La escuela de Mac-Choakumchild no era más que un hecho, como la escuela de dibujo, como el trabajo del obrero; y sólo se observaban hechos desde la casa de maternidad hasta el Campo Santo; en fin, todo lo que no podía evaluarse en cifras; todo lo que no podía comprarse á bajo precio y venderse con ventaja,

estaba proscrito de Cokeville *per saecula saeculorum. Amen.*

Una ciudad consagrada tan devotamente al hecho y tan feliz por haberlo hecho triunfar en todas partes, debía hallarse naturalmente en un estado muy próspero. Pues, sin embargo, nada de eso sucedía; nada absolutamente. ¿Lo creeréis?

No. Cokeville no salía de sus propios crisoles; pura, hasta el mismo punto que el oro sometido á la prueba del fuego.

En esto había un misterio de los más profundos. ¿Quién formaba parte de las diez y ocho sectas del distrito? Las clases obreras no pertenecían á ninguna. Era cosa muy extraña pasearse por la ciudad un domingo por la mañana, y ver cuán pocos trabajadores respondían á la salvaje discordancia de las campanas, que con su agudo clamoreo volvían locos á los enfermos y á las personas nerviosas (1).

Había muy pocos que dejasen sus barrios ó sus habitaciones mal sanas, ó las esquinas en que pasaban el tiempo mirando con aire de fastidio á los fieles que se dirigían al templo, como si éste fuera un asunto que no les concerniese. Y

(1) Á nosotros nos llamaría esto muy poco la atención; pero en Inglaterra, donde se santifican las fiestas por todas las clases de la sociedad, es muy notable el hecho que el autor señala como extraño.

no eran solos los extranjeros los que notaban este hecho, pues había en Cokeville una asociación indígena, cuyos miembros alzaban la voz en la Cámara de los Comunes, pidiendo con grande instancia en todas las sesiones, un decreto del Parlamento que obligase á todos á ser piadosos de grado ó por fuerza. Había además la sociedad de temperancia, que se quejaba de que aquellas mismas gentes se obstinasen en emborracharse; que demostraba, apoyándose en datos fidedignos, que en efecto se emborrachaban, y probaba hasta la evidencia, en asambleas donde sólo se bebía te, que ninguna consideración divina ó humana (excepto una medalla de temperancia) podía convencer á estas gentes de que no debían emborracharse. Venía después el limosnero de la cárcel, que era á fe mía un hombre muy diestro, apoyándose en datos no menos fidedignos, para demostrar que aquellas gentes se obstinaban en frecuentar innobles lupanares ocultos al público, en donde oían innobles canciones, y presenciaban bailes innobles, en los que algunas veces se atrevían á tomar parte, y en donde el llamado A. B., de edad de veinticuatro años y condenado á diez y ocho meses de reclusión, aunque nunca hubiera merecido inspirar una confianza particular, había empezado á perderse, atendido que el susodicho A. B. estaba plenamente convencido de que sin estas circuns-

tancias, hubiera sido un ejemplo edificante de moral. Venían después Mr. Gradgrind y mister Bounderby, que en aquel momento paseaban por Cokeville, personajes eminentemente prácticos, que en caso de necesidad podrían aducir datos no menos fidedignos, resultado de su experiencia personal, corroborados por casos que ellos conocían, de los cuales resultaba claro como la luz del día, que aquellas mismas gentes eran *non sanctas*; que no aprovecharían nada de cuanto por ellos se hiciera; que siempre vivían inquietos, sin saber jamás lo que querían; que se alimentaban de lo mejor, y no compraban sino manteca fresca; que exigían moka puro para tomar café, y rehusaban la carne si no era exquisita; sin contar que se manifestaban de continuo descontentos é intratables. En una palabra: la moral de aquellas gentes era la de una antigua canción con que se duerme á los niños:

Pasó una buena mujer
Entre comer y beber
Su vida, según se cuenta:
Siempre comer y beber,
Y nunca estuvo contenta.

Veamos: ¿no es singular esta analogía entre el estado moral de la población de Cokeville y el de los hijos de Gradgrind? Pero os diré que ninguno de nosotros, por poco que goce de su

buen sentido, habrá dejado de comprender que durante varias veintenas de años, no se ha dejado de atender con propósito deliberado á un elemento esencial en la educación de las clases obreras de Cokeville. Todo el mundo sabe que estas clases conservan cierta dosis de imaginación que pide cultivo á fin de desarrollarse sanamente en vez de quedar obligada á luchar y buscar espacio entre convulsiones, que en razón directa al tiempo y la monotonía de su trabajo, sienten crecer en sí mismas el deseo de algún alivio físico, de algún esparcimiento que animen el buen humor y la alegría, y les den fuerzas para en adelante; que desean algún día de fiesta, aunque no sea más que para bailar honradamente al compás de una orquesta animada, y estos deseos es preciso satisfacerlos razonablemente; si no las cosas irán mal, mientras no se consiga suprimir las leyes que han presidido á la creación del mundo.

—El hombre que buscamos vive en *Pod's End*, y no sé muy bien hacia qué sitio cae *Pod's End* (dijo Mr. Gradgrind). ¿Hacia qué parte está ese barrio, *Bounderby*?

Mr. *Bounderby* sabía que estaba hacia la parte baja de la ciudad, pero nada más. Se detuvieron, pues, un momento, y miraron á su alrededor.

Casi en el mismo instante, Gradgrind reco-

noció á una niña que torció la esquina de una calle, corriendo hasta perder el aliento, y con el rostro espantado.

—¡Hola! (le gritó): detente. ¿Adónde vas?

La niña número veinte se detuvo palpitándole el corazón, y saludó.

—¿Por qué va V. por la calle corriendo de una manera tan inconveniente?—preguntó Gradgrind.

—Es que... es que me persiguen, caballero (contestó la niña con voz jadeante), y me quiero escapar.

—¡Que la persiguen á V.! ¿Y quién se atreve á perseguirla?

Esta pregunta obtuvo una respuesta imprevista y rápida en la persona del escolar incoloro Bitzer, que volvió la esquina con una rapidez tan impetuosa y tan ajena de encontrar un obstáculo, que dió de lleno en el pecho de Mr. Gradgrind, y botó hasta la mitad de la calle.

—¿Qué significa semejante conducta? (dijo Mr. Gradgrind.) ¿En qué piensa V.? ¿Cómo osa precipitarse sobre... todo el mundo... de esa manera?

Bitzer recogió la gorra que había rodado por el suelo; después, retrocediendo y saludando con el puño cerrado en señal de cortesía, se justificó, diciendo que era un accidente imprevisto.

—¿Corría tras de V.?—preguntó Gradgrind.

—Sí, señor,—contestó la niña.

—No, señor; eso no es verdad (exclamó Bitzer). Ella fué quien empezó por escaparse. Estos *écuyers* se pintan solos para mentir; todo el mundo lo sabe en la ciudad, como saben también que desconocen la tabla de Pitágoras.

Bitzer había calmado á Mr. Bounderby con esta última acusación.

—Me ha asustado tanto,—dijo la niña, acompañando la palabra con uno de sus ridículos ademanes.

—¡Comosi eso pudiera ser! (exclamó Bitzer.) V. se parece á los suyos: no negará V. que es una *écuyère*. Ni siquiera la he mirado, caballero. Solamente le pregunté si sabría mañana definir un caballo; me ofrecí á enseñarle la definición, y echó á correr; corrí tras ella á fin de decirle lo que debía contestar mañana cuando le preguntasen. Sólo una *écuyère* podría decir tales mentiras.

—Su profesión no es desconocida en la escuela (observó Mr. Bounderby). Antes de ocho días estará toda la clase alrededor del circo mirando furtivamente los ejercicios de esos saltimbanquis.

—Empiezo á creerlo (replicó su amigo). Bitzer, váyase V. á su casa. Cecilia, quédese V. aquí un momento. Que vuelva á verle á V. correr de esta manera, y tendrá V. su merecido. ¿Me entiende V., Bitzer?... Pronto, á su casa.

El escolar dejó de guiñar los ojos, saludó llevándose el puño á la frente, miró á Ceci, y se puso en retirada.

—Ahora (dijo Mr. Gradgrind), llévenos V. á este señor y á mí á casa de su padre. ¿Qué lleva V. en esa botella?

—Aguardiente,—dijo Mr. Bounderby.

—¡Oh! no, señor; ¡si es aceite

—¿Aceite?

—Sí, para dar una unción á mi papá.

—¿Y por qué le da V. á su papá unciones de aceite?

—Los *écuyers* usan esta medicina cuando se hacen daño en el circo,—replicó Ceci, que miraba hacia atrás, por ver si había desaparecido su perseguidor. Como se dan tantos golpes en ese ejercicio...

—Tienen lo que merecen (dijo Bounderby); eso les enseñará á no ejercer un oficio de perezosos.

Cecilia miró á Mr. Bounderby con mezcla de sorpresa y espanto.

—¡Por San Jorge! (dijo Bounderby); yo era cuatro ó cinco años más joven que V., y estaba lleno de tantas contusiones, que todo el aceite del mundo no hubiera podido curarme. No las recibí haciendo posturas académicas, sino recibiendo golpes. Yo no bailaba en la cuerda, sino en tierra firme, bien que me hacían bailar á fuerza de golpes con la cuerda.

Mr. Gradgrind era muy brusco, pero no tanto como Mr. Bounderby; hubiera podido ser muy bueno sin un funesto error de cálculo, que había cometido muchos años antes al establecer la balanza de su carácter. Al bajar una calleja, dijo con cierto tono, que procuraba hacer tranquilizador.

—Estamos en *Pod's End*, ¿no es verdad, Cecilia?

—Sí, señor; aquí es; esta es mi casa.

Era la hora del crepúsculo; la niña se detuvo ante la puerta de una taberna, alumbrada interiormente por luces rojizas y vacilantes: se hubiera dicho que aquel chiribitil pobre y miserable, á falta de otros parroquianos, se había puesto á beberse sus provisiones, y que, según la suerte común á todos los borrachos, no podría tenerse mucho tiempo de pié.

—No hay más que atravesar la sala común, caballero, y subir una escalera, si V. no lo lleva á mal. Espere V. un instante, que voy á encender un fósforo. Si oyen Vds. ladrar un perro, es Patalista; no hay que tener miedo; no muerde.

—¡Patalista, y aceite para unciones! Muy bien (dijo Mr. Bounderby, entrando el primero, con su risa metálica). No es esto malo para un hombre positivo que se ha educado á sí mismo.

CAPÍTULO VI.

El circo de Sleary.

La taberna en cuestión tenía por nombre «*Armas de Pegaso* (1).» Mejor hubiera sido llamarle las piernas de Pegaso; pero, sea como quiera, debajo del caballo, al lado de la enseña, se leía en caracteres romanos: «*Á las armas de Pegaso.*» Más bajo aún, el pintor había trazado con mano ligera los siguientes versos, no conformes en todo con las buenas reglas de poesía:

Buena cebada da buena cerveza;
Venid aquí, la muestra es excelente:
Bebed un vaso del añejo vino,
De cerveza, de rom ó de aguardiente.»

En un marco embutido en el fondo oscuro del pequeño mostrador se veía otro Pegaso, un Pegaso teatral con alas sobrepuestas de verda-

(1) Aquí hay un juego de palabras intraducibles; pues la palabra inglesa *arms* significa á un mismo tiempo *armas* y *brazos*.